

DESDE MELILLA

DIALOGO EN EL PARQUE

El general Silvestre?... Es cierto que ha escrito usted una carta a la marquesa de Cavalcanti protestando de la fiesta que se celebró hoy en Monte Arruit? Nada de eso, nada de protesta, porque en ese caso nos hubiéramos dirigido respetuosamente no a la marquesa, sino al marqués, como comandante general, esto es, como autoridad. Lo único que hicimos fué expresar muy cortésmente a la ilustre dama nuestra sorpresa por el «lunch» anunciado y nuestro sentimiento de que ella y la duquesa de la Victoria llegasen a aceptar la invitación. Pues ya ve usted que la han aceptado, y más que un «lunch», fué un banquete. Ni «lunch» ni banquete, señor mío; fué simplemente una comida íntima con los jefes y oficiales de las tropas agasajadas quisieron obsequiar a la Comisión valisoleana, a las damas de la Cruz Roja y a los Príncipes D. Alfonso y don Jenaro, que asistieron a la misa de campaña. La verdad en su punto. Acabamos de leerlo en un periódico local. Y aunque así sea, ¿le parece a usted bien eso, una comida, una comida íntima de más de cien personas en el propio campo sagrado del martirio, donde el viento ha de levantar todavía en remolinos el polvo de las cenizas humanas... donde el aire está impregnado aún del olor a cadáver? Por Dios, hasta por higiene! ¿No podían haber celebrado esa comida en Melilla? Sí, señor; estamos de acuerdo con usted; pero cuando los propios invitados no han tenido esa aprensión! Nosotros, por nuestra parte, creemos haber cumplido un deber de conciencia. Tal vez nuestra carta haya evitado manifestaciones demasiado jubilosas que hubieran sido de efecto deplorable, pues tenemos entendido que las nobles damas a quien fué dirigida recomendaron la mayor formalidad y discreción, a fin de que no se repitieran en Monte Arruit las alegres escenas de Segangan, donde dicen que hubo cantos y baile para celebrar la visita de la Comisión sevillana. Porque bien está que esas Comisiones lleguen de todas las provincias españolas, si es posible con su noble anisón altruista y filantrópica. Bien que recorran los lugares sangrientos, los sitios memorables en que tuvieron lugar las efemérides más heroicas. Bien que se digan solemnes misas de sufrágio, en campaña; bien que se obsequie a las tropas con todo género de extraordinarios; pero nada más. Los banquetes, aun con carácter de íntimos (si es admisible esa acepción paradójica), no deben en modo alguno celebrarse en esos lugares que han de imponer el más religioso silencio. A ellos debe irse con el alma recogida de fervor y emoción. Es el pensamiento el que debe asistir, alejado del estómago. Este diálogo tiene lugar en el parque entre el cronista de la guerra y el doctor Aquirista. Es a las primeras horas de la noche; el cielo, a través de los abanicos de palmeras, recuerda un fondo del Vedónes. Hermoso día tendremos mañana para las operaciones—proseguimos variando el tema—. No era de esperar un tiempo así después de la tormenta pasada. Oh, no se fie usted — responde el doctor—. Aquí de un día para otro, de una a otra hora, cambia el tiempo de manera sorprendente y radical... A lo mejor esta noche misma se abren las «escosudas celestes», como decían muy galanamente en un periódico el otro día. Cree usted?... Pues sería lamentable que la lluvia estropeará de nuevo los caminos. Es muy posible que dentro de unas horas! Vea usted aquellas nubecillas. Y a qué motivo cree usted que se debe el aplazamiento de la acción sobre Ras Medua, anunciada para el pasado martes? Seguramente a la tormenta. Qué desastrosa en los campamentos! Qué sensibles son ustedes, los cronistas novatos! Pero ¿qué se figuran ustedes que es la guerra? ¡Sí, sí, para tita y Usanas son las circunstanancias! La guerra, señor mío, no se para en barras ni en contemplaciones, fríos y calores, lluvias y sequías, hambre, sed y toda clase de calamidades. Todo eso ¿qué es en la lucha con la muerte? Cree usted que un chaparrón más o menos, aunque sea una catarata, va a detener en sus designios al Alto Mandado? ¡Para eso no se saca a las gentes de su casa!... ¡La guerra es la guerra!... Que se lo digan a Napoleón!... Y, sin embargo, una tempestad puede muy bien paralizar una acción, aplazar una decisión, desviar un plan... Ya ve usted, la noche debían ir los jefes de los benisidales a los benisidales al momento de

Atlatan para ofrecer su sumisión a España; pero el coronel Riquelme, que debía recibirlos, los esperó en vano toda la noche. La lluvia torrencial no les dejó subir a la meseta. Dicen que era satánico el espectáculo en la altura, envueltos por las nubes, el fragor de los truenos y el fulgor de los relámpagos. Si hubiera hecho mejor tiempo, la entrevista se hubiera celebrado; pero hubo que esperar al día siguiente. Y qué, está ya sometida esa kabila? Todo depende de que nuestras tropas respeten sus hogares, que se pongan al amparo de nuestra bandera... Ya sabe usted que los benisidales, aunque no tan limpios de culpa como los benisidales, han sido desde luego mucho menos ofensivos que los benibulfruf y otras kabilas; pero ya es tiempo de ir hermanando la acción política con la guerrera. Estamos en el período de

reconquista y de pacificación. Ya vendrá a su tiempo el período de la estricta justicia... Y ahora bien, doctor, ¿sigue usted en sus interesantes averiguaciones valiéndose de su «medium»? Cuando usted quiera celebraremos una nueva sesión... Pero si es usted creyente... Sólo la confirmación de las visiones han de mantener viva mi fe... Y respecto al general Silvestre, ¿tengo noticias tan contradictorias!... Hay quien afirma que ha muerto. ¿Quién? Alguien que asegura ha visto su cadáver... Allí viene el personaje dostoiévskiano... Pero ese personaje existe? Pues qué se figuraba usted? ¿Quiere usted conocerlo? No, no; me parece un tipo de cuidado. Hasta otro momento, le dejo a usted con él. Ya me contará usted eso de la muerte del general... Me interesa sobremanera.

GOY DE SILVA

Melilla, 16-XI-1921

ESTRENO EN ESLAVA

“DON JUAN DE ESPAÑA,”

Tragicomedia en seis actos y en prosa, original de D. Gregorio Martínez Sierra

Si el autor de Don Juan de España—título alto, sonoro y significativo—no hubiera lanzado al viento popular y divulgador del periódico la autocrítica de su obra, a buen seguro que nosotros, cronistas de buena fe, inquiriendo en la realización escénica el propósito que guiaba al poeta, no le habríamos salido al paso con las tachas y distinguios que a la hora presente acuden, en tumultuoso tropel, a los puntos de la pluma. Pero D. Gregorio Martínez Sierra, en fogoso y vivo lenguaje, ha consignado clara y paladinamente cuál era su intención, y en este punto es imprescindible cotejar y compulsar lo pensado con lo realizado.

Desde luego emparejamos con el dramaturgo en una apreciación obvia: «su Don Juan no es el de Tirso ni el de Zorrilla». Nada más cierto. Para que el Sr. Martínez Sierra se concatenase en el espinazo del donjuanismo dramático con las vertebrae que se llaman Tirso, Molière y Zorrilla, sería necesario el Don Juan, el hombre, la persona plasmada en carne, el torrente encoendido y sensual de la sangre humana. Y si, crueles e irrespetuosos, despojamos a Don Juan de España de la gorra con que se toca, del arreo de su vistosa ropilla, de la toledana espada que cife y de la española capa en que se envuelve, ¿qué hallaríamos en suma? Sólo palabra superficialmente lírica, vulgar y resobada filosofía, reminiscencias literarias. Como las imágenes sagradas de los pueblos, carece de lineamiento y proporción humana: el rico manto de tisú cuela engañosamente un vulgar argadajo de maderas y listones, sosten de una carita dulce y alfeñicada.

El autor, según nos declara, «se ha creído con derecho a soñar, componer y echar a andar por el tumultuoso mundo de la farsa una interpretación personal del gallardo pecador español». Nadie, honradamente, osaría poner trabas al fuero creador; pero de un derecho es correlativo un deber, y en este caso, la verdad sea dicha, el artificio dramático ha dejado incumplida la promesa. No ya un nuevo concepto del carácter legendario—que esto no sería haecdero—, sino la acentuación de un matiz, o la sabia o feliz sintetización de algunas cualidades o características, darían calor al nuevo empeño escénico, y lo justificarían holgadamente. Esto hicieron Molière y Zorrilla con el mozo español, a quien el fraile mercenario, nuestro gran Tirso, logró darle, en un sólo punto y con humana pluma, la intangible traza imperecedera. Pero Don Juan de España se halla dañado de narcisismo literario; le faltan brío y pasión. Díjrase que pesan sobre su espíritu sus cuatro siglos de existencia. Es un Don Juan que se contempla, ya suaves la medula y los nervios, y rumia sus locuras y perfiles graves meditaciones filosóficas. Juraríamos que se halla percatado de su transcendencia dramática, y que conoce al dedillo las glosas, escolios y apostillas que le han dedicado autores y críticos, incluso los más recientes de don Ramón Pérez de Ayala, D. José Ortega y Gasset y D. Ramiro de Maeztu. Es un Don Juan que sabe que es Don Juan.

En estas condiciones, no le era dable a don Gregorio Martínez Sierra forjar la «obra dramática esencialmente española, y por lo tanto, realista, áspere, sin pocas ni muchas contemplaciones», que él juzga realizada en su tragicomedia. Nótese que no hablamos por cuenta propia. Transcribimos palabras del autor, y al insertarlas ahora, ya conocida la pieza escénica, experimentamos la misma sorpresa de aquel a quien un pintor loco, ante un lienzo de virgen blanca, le explicaba el asunto, las figuras y hasta los detalles más nimios del cuadro que imaginara haber pintado sobre la tela sin mancha. «No es literatura—continúa en su desvarío el Sr. Martínez Sierra—, sino arte dramático; la exaltación, la emoción, son en ella más de acción que de bella palabra». Aun inducidos de la

más noble generosidad crítica, no osamos dar por existente la pintura ni realizado el sueño.

El ilustre autor de Canción de cuna, que por esta vez «no ha querido acordarse de que hay públicos», a nuestro juicio le ha requerido con las más gustosas y sensuales sollicitaciones; se ha adueñado de él con señuelos de indudable belleza, pero ajenos a lo fundamental del arte dramático. Don Gregorio Martínez Sierra no ha delineado un solo carácter, pero ha cortado el figurín de su indumento; no se detuvo en la matización psicológica, pero apuró con delicada finura la feliz acoordinación de tonos en telas y en trajes. Ha pintado los bellos y estilizados jardines donde se solazan y deleitan los hombres; los interiores, veristas y escrupulosos, en donde viven, y padece, y odian, y aman; pero ha olvidado al hombre y a la mujer de carne y hueso, con la aspereza o la dulzumbre de sus pasiones. Aun manejando el Amor y la Muerte—temas esenciales de poesía, ya en la forma épica, en la lírica o en la dramática—, el Sr. Martínez Sierra, por la ausencia absoluta del elemento real y humano, no consigue encendernos en el divino soplo ni comunicarnos el temblor de lo pavoroso desconocido. La notación musical no logra dar amorosas alas a lo que fríamente ha nacido de las manidas palabras de los libros: la viva y tangible plasticidad de un entierro no nos infunde el temor humano de la muerte si antes no le hemos sentido palpitar en el alma acogojada de Don Juan.

Por esta vez, D. Gregorio Martínez Sierra nos ha ofrecido un sabroso espectáculo visual, y en este punto es mercedor de todo género de alabanzas. Su colaboración con dibujantes y escenógrafos, electricistas y tramoyistas, músicos y danzantes, ha sido más feliz, afortunada y provechosa que la espiritual camaradería con Tirso y sus legítimos sucesores. El ramillete femenino que anoche nos fué ofrecido por la Empresa del teatro de Esclava merece que todo Madrid desfile por el pasadizo de San Ginés. El primer físico no ahuyenta en alguna de las actrices al mérito artístico, sino hermana y convive con él en un feliz ayuntamiento de hermosura y de arte. Tales y tantas son las actrices que intervienen en la representación de la tragicomedia, que nos hallamos temerosos de olvidar algunos nombres. Isabel Barrón, J. Santauraria, Milagros Leal y Rafaela Satorres, en primer término, y María Esparza, Consuelo Torres, Ofelia Cortesina y María Corona, en un plano artístico secundario, aunque en el mismo nivel de belleza y de gusto, obtuvieron la aquiescencia del público.

Al Sr. Martori no le hemos de culpar demasiado de su inexpresiva monotonía, por no cargarle responsabilidades que en justicia no le atañen. Don Manuel Collado contribuyó con sus cualidades de actor excelente a realizar el sacristanesco tipo de Pánfilo, un Ciutti más cerca de los pedantes lacayos del teatro clásico que del avispado mozo de Zorrilla.

Todo lo que se refiere al elemento sensual y externo hállase cuidado escrupulosamente. Lo que concierne a la esencia dramática anda un poco manga por hombro.

El público se desviaría de Don Juan de España si éste saliera a la escena en mangas de camisa. Pero a Pedro Crespo, o a Otelo, o a Hamlet, ¿no los escucharía emocionado y tembloroso si se presentaran en tal guisa ante aquella manta tirada de dos cordeles, único paramento y adorno del teatro de nuestros abuelos?

ENRIQUE DE MESA

Véanse informaciones de Ma-rruecos en la segunda plana

ESPAÑA POR EL RESCATE

MIRANDO AL TRONO

La indiferencia del Gobierno ante el clamor nacional por el rescate de los prisioneros del Rif comienza a ser inexplicable. Pasan las semanas, llueven las cartas de súplica, de protesta, de dolor, a las Redacciones de los periódicos. Hácense éstos eco de la voz de España, y el Gobierno se obstina en su actitud silenciosa, desdeñosa, esfíngica. ¿Hasta cuándo? ¿Será preciso recurrir ordenadamente, patrióticamente, a la manifestación pública para decirle al señor ministro de la Guerra: hable usted? Los españoles, ante la inhibición del Gobierno en esta cuestión sangrante y palpitante, dirigen sus lamentos hacia el Trono, con más fe en ser escuchados. Júzguese por la siguiente carta:

«Cartagena, 18 de noviembre de 1921.

Sr. Director de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. Madrid.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Pronto van a cumplirse cuatro meses que el azar desgraciado de Melilla hizo caer en poder de los rifeños unos centenares de hermanos nuestros.

Varias gestiones se han intentado desde entonces para su rescate, sin que el éxito las siguiese, y el instinto popular, generoso y acertado como siempre, quizás porque se inspira en hechos pretéritos, dirige hoy su mirada hacia las alturas del Trono, seguro de que desde allí surgirá el impulso salvador, pues sabe también constituye una vieja práctica de la Realeza española acudir al socorro de los desgraciados, y recientemente, durante la guerra europea, la labor realizada por nuestro Monarca en favor de los prisioneros de ambos campos beligerantes fué tan intensa y admirable que el voto universal le ha otorgado ante la posteridad y ante la Historia el sobrenombre de Magnánimo.

Claro es, Sr. Director, que comprendemos las dificultades que, tratándose de un enemigo como el moro, que vive al margen de toda idea de civilización y de cultura, puede presentar la realización del rescate; pero también hay que tener en cuenta que por esto mismo se impone de manera urgente la necesidad de agotar todos los procedimientos para conseguirlo, si no queremos que un día próximo España entera tenga que llorar nuevas víctimas de la barbarie rifeña, o lo que sería más atroz, que lentamente vayan pereciendo tras un largo y horroroso martirio.

Como el periódico de su digna dirección siempre tiene abiertas sus columnas a las causas nobles y justas y no puede serlo más cuanto se refiere a los desdichados prisioneros de África, tengo la seguridad de que se dignará dar publicidad a estas líneas, en las cuales, como hermano de uno de aquellos infelices,

lico, y en nombre de una esposa y una madre, presas de angustias inenarrables, levanto por conducto de este diario mis ojos suplicantes al más alto poder del Estado, y humildemente le ruego, puesto mi pensamiento en el Dios de la Misericordia, que acuda en auxilio de aquel puñado de españoles, de los cuales constituye la última esperanza.

Muy agradecido de antemano a la buena acogida de estos renglones, dictados por el dolor y el afecto fraternal, se repite de usted atento a. s. q. e. s. m., Juan de la Rocha.»

S. M. el Rey apadrina a una hija de González Tablas

Regalos regioes

La distinguida esposa del bizarro teniente coronel que manda los Regulares de Ceuta, Sr. González Tablas, ha dado a luz en esta ciudad africana una hermosa niña.

S. M. el Rey ha querido dar una nueva prueba de su amistad particular al laureado jefe, y ha querido apadrinar a la recién nacida. Para esto ha dado al padre el encargo de representarle en la ceremonia del bautizo, acto que será efectuado uno de estos días en aquella ciudad africana.

Cuando días pasados estuvo González Tablas a despedirse de S. M. el Rey, recibió de manos de éste una magnífica medalla de oro, orlada de brillantes, que lleva en el reverso esta inscripción: «A Victoria Eugenia González Tablas, su padrino, Alfonso XIII, Rey.»

Le entregó el Rey además para su esposa un artístico y valioso alfiler de oro con el emblema de los Regulares, en el que los dos fusiles van enlazados con una media luna de brillantes.

La Reina Victoria ha regalado también a su ahijada un pendiente de brillantes.

EL ARTE Y EL PODER

PADEREWSKY VUELVE

Nadie ha olvidado que el célebre virtuoso declaró cuando ocupó el Poder que iba a renunciar a la Música. Sin duda estaba completamente decidido a consagrarse definitivamente a la política.

Pero después... Después, Paderewsky ha dejado el Poder. Y anuncia su próximo reingreso en el arte pianístico.

Y un periódico francés dice a propósito de esto: «Como que el Arte nos vuelve siempre a nuestros primeros días...»

EL HOMBRE PROPONE.



—Por fin sólo fué «ruido de teatro» lo de la proposición. —¿Qué le hemos de hacer!... Se conoce que no era hora de que nos llamaran a escena.